

XXXII Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo B

Una pobre viuda rica

"Dijo Jesús: Os aseguro que esta pobre viuda ha echado más en la alcancía que nadie. Ha echado todo lo que tenía para vivir". San Marcos, cap. 12.

Asediados por la sociedad de consumo, hemos erigido frente al dilema de Hamlet, "ser o no ser", otro no menos válido: Ser o tener. Pero "el hombre es más por lo que es, que por lo que tiene", nos dice el Vaticano II.

Sin embargo, no es tan simple el asunto. ¿Bastaría desprendernos de todas nuestros bienes para llegar a ser personas y cristianos? Pero un desprendimiento absoluto es imposible. Ya explicó Aristóteles que el poseer hace parte de nuestra naturaleza racional.

De otro lado, algunos que consiguen esa la meta de ser, enseguida orientan su logro a dominar a los demás. O bien a figurar. Y a veces a herir con su conducta.

Aquella viuda pobre, que echó apenas dos reales en la alcancía del templo, no andaba por estas finuras ideológicas. Solamente era una judía piadosa. Había aprendido, desde sus posibilidades, a sostener el culto a Yahvé. Muerto su marido, la escasa hacienda se le iba de las manos, pues entonces no se urgían las leyes del Deuteronomio, en favor de los huérfanos y las viudas.

Jesús observaba la escena. Llegaba la gente acomodada a desgranar su ofrenda abundante en la alcancía, una bocina metálica, adosada al muro del templo.

Llegó también la viuda. Ella, que no podía comprar un ternero o una oveja para el sacrificio vespertino. Ni siquiera un par de tórtolas. Pero con esas dos monedas quería unir su existencia al Altísimo. Pretendía ser fiel a aquella alianza que sus padres había sellado con Yavéh.

Imaginamos la timidez de mujer al entregar su ofrenda. Miraría hacia atrás, por ver si alguien la observaba. Tal vez sus ojos se cruzaron los del Maestro, pero éste para no avergonzarla, se volvió a sus discípulos: "Os aseguro que esta pobre viuda ha echado más en el cepillo que nadie. Porque los demás han echado de lo que les sobra, pero ésta, que pasa necesidad, ha echado todo lo que tenía para vivir".

Aprendemos aquí el programa de ser para amar. Lo cual se convierte de inmediato en compartir. Y comprendemos que el Evangelio nos motiva de forma indirecta a tener. Ojalá en abundancia, para convertir lo conseguido en lenguaje y herramienta del amor.

La sociología ha ordenado los bienes materiales en tres grupos: Necesarios, útiles y superfluos. Una clasificación muy subjetiva que varía según las culturas, los gustos y las circunstancias.

El Evangelio no aporta una clasificación semejante. La deja al leal saber y entender de cada uno, es decir, al sentido cristiano de nuestros inventarios y contabilidades.

Según vamos creciendo en el amor, muchas cosas que ayer nos parecían necesarias dejan de serlo. Y el tiempo nos enseña que para ser felices, bastan muy pocas cosas. ¿Cómo no aprovechar entonces la ocasión para hacer "imprudencias"

parecidas a la de aquella viuda?: Entregó lo que tenía para vivir y empezó a ser rica de otro modo.

El amor verdadero - a Dios y al prójimo- incluye siempre un notable ingrediente de riesgo. Que en idioma evangélico se llama confianza en el Señor.

Padre Gustavo Vélez Vásquez m.x.y.